

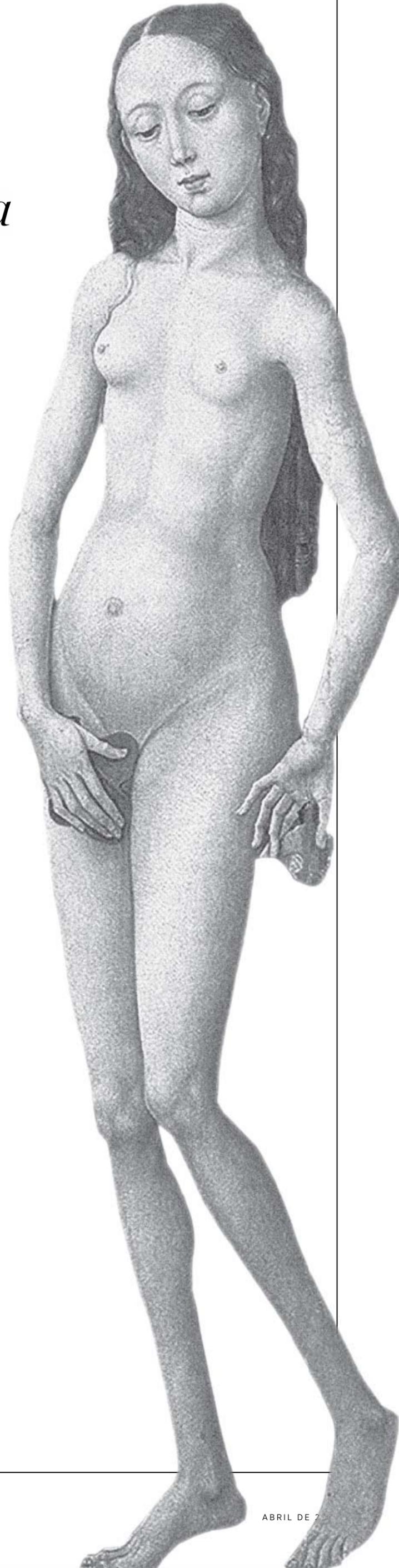
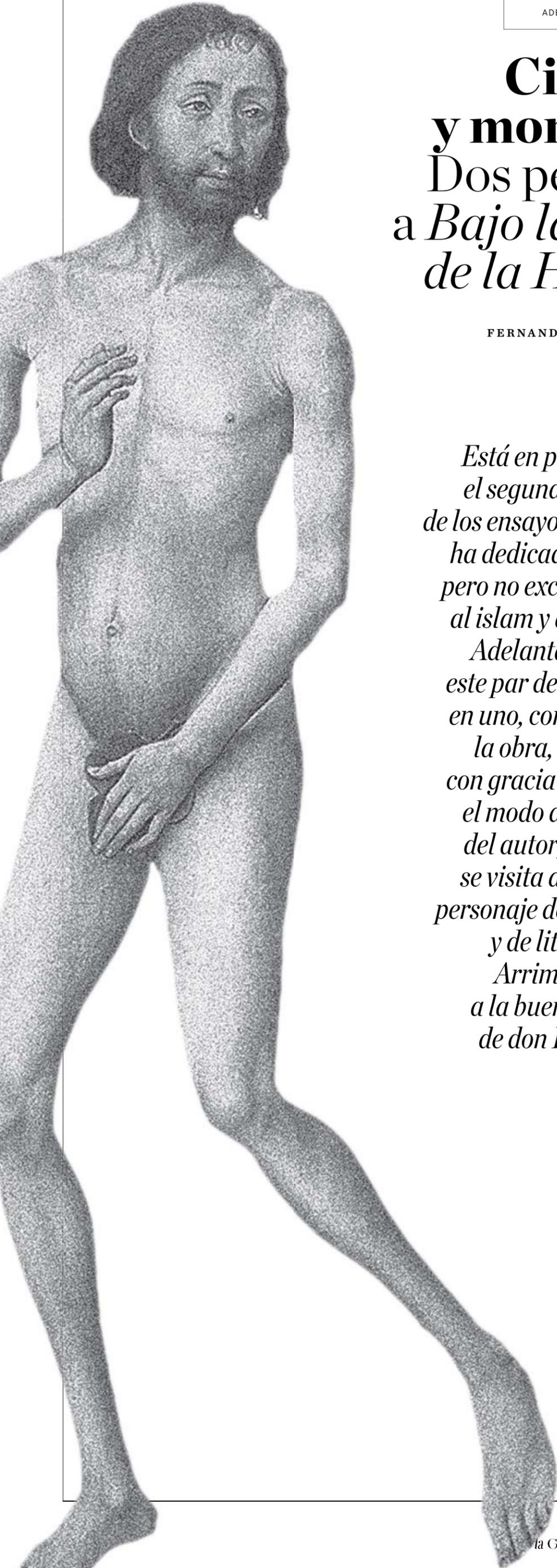
ADELANTO

Citas y monstruo

Dos pellizcos a *Bajo la sombra de la Historia*

FERNANDO DEL PASO

Está en preparación el segundo volumen de los ensayos que Del Paso ha dedicado, principal pero no exclusivamente, al islam y al judaísmo. Adelantamos aquí este par de fragmentos: en uno, con el que abre la obra, se explica con gracia y sinceridad el modo de proceder del autor; en el otro, se visita a un célebre personaje de la mitología y de literatura. Arrimémonos a la buena sombra de don Fernando



¿CERCA DEL DESIDERATUM DE WALTER BENJAMIN?

Al lector del primer volumen de este libro, *Bajo la sombra de la Historia*, no le sorprenderá encontrar en este segundo volumen una inmensa, abrumadora cantidad de referencias bibliográficas.

Les llamo así, “referencias”, porque no se trata de “notas”. En otras palabras, no agregan ninguna información. No incluyen tampoco comentarios del propio autor sobre lo dicho o relatado en el cuerpo principal del texto. No remiten a otras lecturas. Siempre he pensado que si el contenido de una nota aporta un material complementario lo suficientemente interesante como para formar parte del texto principal, debe incorporarse a éste. Y que si su contenido es irrelevante, se debe prescindir de él. Esto no se aplica, por supuesto, a los trabajos académicos de aspiraciones exhaustivas en los cuales, por medio de esas notas, se amplía al máximo, entre otras cosas, la información bibliográfica y documental en beneficio de los investigadores. No es éste el caso: mis referencias bibliográficas se limitan a proporcionar los datos indispensables y —elementales— que deben respaldar una cita: el nombre del autor del libro de la cual fue sacada; el título del libro; el nombre del traductor si lo hay; el nombre del coordinador —o coordinadores— de la edición en el caso de que se trate de un estudio colectivo; el nombre de la editorial, el nombre de la ciudad en la cual fue impreso, el año en el que se publicó la edición consultada y la página donde aparece lo citado.

Los historiadores que son testigos contemporáneos de la época sobre la que escriben son los únicos que, al menos en teoría, podrían darse el lujo de no citar a otros autores. Sus obras, sin embargo, deben ser leídas siempre con grandes reservas: reflejan una sola, única mirada, nunca exenta de prejuicios personales. El resto, es decir, esa mayoría de historiadores cuya labor es la de narrar o de narrar y analizar hechos del pasado —incluso de juzgarlos por su cuenta y riesgo—, no tiene escapatoria: deben acudir a otros historiadores, así como a documentos de la época —y de otras épocas previas—, de los cuales, en ocasiones, y en el mejor de los casos, ellos son los propios descubridores, y por lo tanto son quienes tienen el privilegio de darlos a conocer por la vez primera y, con esos documentos, enriquecer la historia.

En nuestro tiempo abundan los libros de esta especialidad que prescinden de las referencias bibliográficas, ya sea porque sus autores consideran que lo que han tomado prestado es de conocimiento público —sucede que lo ha dicho más de un autor: dos, tres, diez, todos— o porque saben que los historiadores de los que hacen uso desaparecieron hace tiempo y no pueden ya reclamar que no se les dé el crédito correspondiente.

Mi toma de posición me impide la pertenencia a esta segunda clase de autores. No soy una autoridad en los temas que trato, ni pretendo serlo. En muchas formas sigo siendo neófito, aunque no en el sentido de la etimología de esta palabra: “planta nueva”. Por el simple hecho de haber comenzado como aprendiz de historiador a una edad ya avanzada, con muy escasos conocimientos previos de la materia que decidí abordar, siempre me ha deslumbrado el descubrimiento original que hice de esos hechos tantas veces escritos y dichos y, por lo mismo y en agradecimiento, me he permitido citar cuando menos a uno de los autores de lo que para mí fue una revelación.

Pero no sólo la gratitud ha influido en esta decisión: también las vacilaciones naturales de quien, siendo sólo, como dije antes, un *amateur* —amante— de la historia, se lanza a la desahuciada aventura de volver a contar lo que numerosos y grandes, inimitables historiadores se han encargado ya de darnos a conocer. Es así que mi libro podría estar destinado a pertenecer a esa clase de obras con frecuencia desestimadas por los especialistas, en virtud —más exacto sería decir “en defecto”— de que el método con el que la he confeccionado ha consistido, en buena parte, en “cortar” y “pegar”. O en otras palabras, en recabar un gran número de citas y colocarlas aquí y allá, a conveniencia, en el cuerpo del texto principal.

Mis limitaciones me han obligado a acudir a este método que, por supuesto, no garantiza la fidelidad a la historia o a los autores concernidos. Tampoco la belleza, la exactitud, la claridad o la trascendencia del texto final. Pero ha sido el único a mi alcance. Lo que sí refleja este procedimiento es el criterio de

cada autor que lo emplea para elegir a los historiadores a los que habrá de citar, así como el aplicado a la selección de las frases o párrafos escogidos y, lo que es más importante, a su ubicación definitiva en el texto. El resultado de esta labor es lo único que importa. El resultado que será siempre único: si diez autores aceptaran el reto de enfrentarse a una misma bibliografía y emplear este recurso, producirían diez libros diferentes, porque en ellos también se traslucirían sus gustos, intereses y obsesiones personales.

Y es sólo por eso que vale la pena la aventura.

¿Llamé “inmensa” a esta dilatada profusión de referencias bibliográficas? Sí, es inmensa: hay cientos, miles. ¿La llamé abrumadora? No, no es necesariamente abrumadora para el lector común, que puede ignorarlas por completo y sólo recurrir a ellas cuando así se lo demande su curiosidad o en los casos en que sospeche que algo afirmado en el texto está equivocado o le parezca demasiado extravagante para ser verdad. Abrumador —o cuando menos calamitoso— será el número de citas para la editorial que publique este libro y para todo aquel estudiante que se disponga a espulgarlo no sólo con el sano propósito de aprender, sino con la también sana intención de encontrar errores. De poca monta algunos: números de página equivocados, nombres mal escritos, etc., y de gravedad otros: la tergiversada interpretación de las palabras de un autor o, cuando se trata de una cita textual, adjudicarle lo que nunca dijo o atribuir esas palabras no a su dueño, sino a otro autor. Lo que los ingleses llaman *misquotation*. Espero no haber incurrido en esta clase de aberraciones.

Me gustaría advertir, por otra parte, que el hecho de aprovechar una cita, sacada de un libro o estudio, para que cumpla una función *distinta* en un nuevo contexto, más que un error es un *pecado* del que se tiene que cuidar todo historiador. Con una salvedad: los casos en que esa “función distinta” no constituye una traición al autor original y sí sirve —sucede con frecuencia— para iluminar ese nuevo contexto y ser iluminada por él.

Tampoco debe tomarse esta gran copia de referencias como un alarde de erudición. Entiendo a ésta como una acumulación de conocimientos que nada tiene que ver con lo que Platón llamó “la virtud suprema”, esto es, la sabiduría —*wisdom* en inglés, *sagesse* en francés—: esa habilidad connatural que, unida a la inteligencia y la sagacidad, la prudencia y el buen juicio, le sirve al historiador para orquestar esos conocimientos y hacer hablar al conjunto con una voz nueva. No, no creo haber sido agraciado con esta cualidad y tampoco haber alcanzado esa erudición que George Steiner llamó —y aquí va la primera cita de este segundo volumen— una erudición “de primerísimo orden”, misma que requiere “una memoria espaz pero minuciosamente precisa, finura y una especie de piadoso escepticismo en el manejo de testimonios y fuentes”... además de “nariz de perro trufero”.¹

En la Biblioteca de Babel existirá algún día un ejemplar del libro de historia absoluto y definitivo cuyo autor ideal y anónimo nunca tuvo ni tendrá que acudir a ningún otro historiador para llevar a cabo su obra, porque en sí misma esta obra representará desde siempre la función invertida del prisma. Es decir, no recibirá un rayo de luz que al atravesarla se descomponga en los colores del arcoíris: será receptora de esos colores, multiplicados al infinito por una infinita variedad de matices: opiniones, juicios, verdades, leyendas, perplejidades, suposiciones, sueños y mentiras, exhumaciones, y transformará ese caudal en un solo haz de luz blanca y purísima.

En el otro extremo de la sala dedicada a la Historia de esa misma Galaxia de Gutenberg, se hallará también un día, sin duda, el libro que —según el mismo Steiner— era el *desideratum* de Walter Benjamin: “un libro compuesto únicamente de citas”.² Es en ese sentido que, al parecer, apuntaba su monumental y ambicioso proyecto conocido como *El libro de los pasajes* —*Das passagen Werk*—, en cuya elaboración se adivina la presencia de otra obra inconclusa, de apetito tan descomunal, como manifestó Flaubert en *Bouvard et Pécuchet*.

Pienso que *Bajo la sombra de la Historia* es un libro que se acerca al objeto deseado por el gran críti-

co alemán, de no haber sido por la irrupción, en su contenido, de esa apremiante, compulsoria necesidad que tiene el yo de decir: aquí estoy.

Y bueno, todo esto es sólo un intento por explicar —quizás incluso justificar— cómo este corpulento, ingente número de referencias ha servido para que quien esto escribe aprendiera a volar, en los diversos horizontes de la Historia, con un sinnúmero de alas prestadas.

Pero no se trata de una disculpa. Si tuviera que disculparme por hacer este libro, más me valdría no haberlo escrito nunca.

EL GOLEM

Las combinaciones de letras y palabras nos dan muchas sorpresas. Es al jasidismo, nos dice nuestro autor, al que le debemos la leyenda del Golem u homínulo; es decir, lo que en el ocultismo se define como pequeño ser incorpóreo, ingrátido y asexual. En la obra de Paracelso se revela el secreto para fabricarlo, y Goethe da el nombre de *homunculus* al pequeño hombre químicamente elaborado por Fausto. El Golem fue el tema de una excelente novela del escritor austriaco Gustav Meyrink —1915— en la que narra los misterios del gueto de Praga del siglo XVI y la creación del monstruo por el rabbi Juda Loew ben Bezulel. La leyenda inspiró también los cuentos que bajo el título *Isabel en Egipto* escribió Achim von Arnim (1812), y una obra teatral escrita en hebreo por H. Leivick (1825).³ El cine mudo también se ocupó de este monstruo —en cierto sentido precursor de Frankenstein— en películas en las que aparece como un servidor de piedra autómatas e incondicional de gran estatura y aspecto espantable que adquiriría vida cuando se le colocaba en la boca un papel en el que estaba escrita una combinación de letras que formaban una palabra sagrada o el nombre de Dios, y quedaba inanimado cuando se le retiraba el papel. La más conocida de esas películas fue la alemana dirigida por Paul Wegener en 1920, *Der Golem*.⁴ Unos años antes, en 1914, Wegener había hecho una primera versión que destruyó. El Golem cumplía la función de protector de los judíos en el siglo XVI: aterrorizaba a los antisemitas.⁵ En la cultura judía, leemos en el *Dictionnaire des littératures Larousse*, la palabra *golem*, que aparece en el versículo 16 del salmo 139 —traducida en las biblias en español como “embrión”— se aplica a la materia prima a partir de la cual Dios creó al hombre. Según A. D. Grad, la leyenda se originó en Bohemia: relata la fabricación de una criatura de barro, de acuerdo con un rito cabalístico apropiado, sobre la cual se pronuncia el *Chem Hameforasch* o Nombre inefable y temible que sólo conocen los iniciados. Sigue una marcha circular a su alrededor, “acompañada de la recitación de las doscientas veinte formas del alfabeto secreto”. Por último, se inscribe en la frente del monstruo las tres letras *Alef, Mem y Tau*, que forman la palabra *emet*, “verdad” y es entonces cuando la criatura adquiere vida.

Se cuenta que cuando el golem del rabbi Loew ben Bezul se volvió incontrolable, éste lo destruyó. Para esto, le bastó borrar la letra inicial, de modo que a la palabra *verdad* la sustituyó la palabra *met*, que significa “muerte”.⁶ El *robot* fue, antes de ser una realidad, una invención similar. El escritor checo Karel Capek estrenó en 1920 una obra teatral en la cual aparece por primera vez la palabra *robot*, derivada de *robota*, que en checo significa “trabajo forzado”. La pieza tenía por título *R.U.R. —Rossum's Universal Robots o Los Robots Universales de Rossum—*. El robot, como se sabe, ha tenido una larga vida tanto en la realidad como en la literatura de ciencia-ficción. La obra maestra del género es, probablemente *Yo robot*, de Isaac Asimov. ◀

3 *Dictionnaire historique, thématique et technique des littératures* (1990), p. 639.

4 *Der Golem, wie er in die Welt kam*, Paul Wegener (1920).

5 A. D. Grad (2001), 104; véase “Golem” en *The New Encyclopaedia Britannica* (1993), micro.

6 *Dictionnaire historique, thématique et technique des littératures* (1990), p. 639.

1 George Steiner (2009), p. 257.

2 George Steiner (2008), p. 123.